

Cuanto á los empleados de pompas fúnebres, regocijados por el éxito de su macabra humorada, habianse decidido por fin á subir al primer piso guiados por el maltrecho Pedro.

Era el propio Alí-Akmet quien había encargado el ataúd aunque al hacerlo estaba muy lejos de sospechar el mal comportamiento de los empleados. Puede alegarse en disculpa de éstos, que eran empleados de ocasión, reclutados por un industrial poco escrupuloso, á quien Akmet hubo de dirigirse para que le construyera el féretro. Al llegar con este al hotel, los seis dignos ciudadanos habían descansado varias veces en otras tantas tabernas, y se hallaban, como vulgarmente se dice, en las viñas del Señor. Esto explica su disputa con los servidores del marqués y el escandaloso paseo del fúnebre artefacto por los salones en que se verificaba la recepción.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

VII

UNA ESCALA DE SEDA Y TRES PERROS

Las palabras pronunciadas por Amy, aunque vagas y casi incoherentes, habían llevado al ánimo de la curiosa vizcondesa de Aubinesco la firmísima convicción de que iba á presenciar algún espectáculo extraordinario. No queriendo perder ninguno de sus detalles, juzgó que no debía permitir á la baronesa el reponerse demasiado lentamente de su desmayo.

— Amiga mía, — le dijo en cuanto juzgó que podría comprenderla, — creo que no debemos eternizarnos aquí.

— De ningún modo; — balbuceó la opulenta dama. — ¡Eternizarnos aquí!... Esta casa está embrujada, ¿sabe usted?

Y la pobre baronesa miraba con terror á todos lados, como si temiese ver surgir algún nuevo ataúd y de éste cualquier horrible espectro.

— ¿Le parece á usted que vayamos al parque, á respirar un poco de aire fresco?

— ¿Al parque?

— Sí, al parque; ¿cómo quiere usted acabar de reponerse en esta atmósfera?

— Es que... la verdad, yo preferiría irme.

— ¡Qué dice usted! Agitada como se encuentra

ahora... No, no, sería una imprudencia, amiga mía, una gran imprudencia.

A la baronesa no se le alcanzaba qué podía haber de imprudente en regresar á su domicilio; sin embargo, como lo que temía y deseaba evitar á todo trance era el encontrarse sola, no creyó prudente insistir en su negativa, y después de hacer violentos esfuerzos para ponerse en pie aceptó el brazo que, para que se apoyara en él, le tendía la buena vizcondesa.

Esta, por su parte, había insistido en hacer quedar á su obesa amiga con el exclusivo objeto de verse acompañada por una persona más en el parque. ¿Qué iba á suceder allí? Ella lo ignoraba; pero su curiosidad podía más que el natural temor de lo desconocido, y deseando ver algo que presentía siniestro, procuraba rodearse de gente que la protegiera en caso necesario. Claro es que de la colosal baronesa no le era dado esperar un gran auxilio; pero era una persona más, hacía número, y esto bastaba para llevar un poco de tranquilidad á su ánimo, no del todo sereno.

Como un general que forma la columna de marcha, la vizcondesa dictó órdenes para la que ella iba á emprender.

— Usted irá delante, amigo Jaffary; Yvona y yo sostendremos á nuestra querida baronesa, y el señor Kenec formará la retaguardia. Se trata de que encontremos á Amy para que ella nos guíe al sitio donde ha de tener lugar el duelo.

— ¡Un duelo! — repitió la baronesa que quiso detenerse, á punto de desmayarse por segunda vez.

Pero la impulsión estaba dada.

El grupo avanzó en el orden indicado hacia la puerta, que quedara de par en par después de la huída de los invitados. Hasta Jaime había desaparecido, frotándose la parte baja de los riñones. Pero no para huir, sino con objeto de seguir á los alegres conductores del féretro y cobrarse en ellos del daño que se causara en su caída.

Llegados al parque, atravesaron la vizcondesa y sus acompañantes con toda la posible rapidez el espacio iluminado, en el que no encontraron alma viviente, y se hundieron en la sombra.

— ¡Alto! — ordenó la de Aubinesco depositando á la baronesa en un banco. — Antes de ir más allá, conviene cerciorarnos de que no hay nadie. Hagan ustedes un reconocimiento, señores... Mucha prudencia sobre todo; — añadió. — ¡Quién sabe si no se ocultan en esta obscuridad los temibles aventureros de Ceilán con sus estiletes envenenados cuya picadura es mortal!

— ¿Pero dónde me han traído ustedes? — gimió la baronesa. — Que me lleven á mi casa; yo quiero ir á mi casa ¿sabe usted?

— ¡Chut! — dijo la vizcondesa que tenía oído delince. — Alguien llega... ¡No se alejen ustedes ahora, señores, quietos todos aquí!...

Un hombre acababa de aparecer en efecto en la terraza que rodeaba la parte interior del hotel, iluminada por la cruda luz de las lámparas eléctricas. Casi corriendo descendió la escalinata, y dióse á andar en derecha al sitio en que se encontraba el grupo de la vizcondesa.

— ¡El doctor A...! — murmuró ésta en voz baja.

Era en efecto el doctor, el que llegaba.

Había dejado á su enfermo después de recibido el recado que le diera Amy, y dirigíase al encuentro de la persona que por él preguntaba.

Pasó el doctor entre la de Aubinesco y la baronesa sin ver á una ni á otra.

Detrás, algo más allá de un bosquecillo de lilas, resonó de pronto una voz de mujer:

— ¿Es usted, señor Ali-Akmet? — preguntó.

— Soy yo; — respondió el doctor que continuaba su marcha.

— ¡Ali! ¡Ali-Akmet! ¡Era él! — balbuceó la vizcondesa abriendo mucho los ojos como para ver mejor, aunque inútilmente, porque la sombra era espesísima bajo la bóveda de los árboles. — ¡Torpe de mí! Debí adivinarlo, sólo al ver las cicatrices de sus mejillas, y ese cuello enorme, que debe ocultar la cicatriz de la herida causada por la navaja...

Debemos hacer constar aquí que entre las cinco personas allí reunidas, sólo la de Aubinesco y la baronesa podían sorprenderse de que alguien diese al doctor A... el nombre que la voz desconocida acababa de darle.

Kenec y Jaffary debían estar al corriente de ello desde mucho tiempo antes, y en cuanto á Yvona, si no en totalidad, en parte al menos se hallaba también en el secreto.

— ¿Está usted sola? preguntaba el doctor.

— No, — contestó la misma voz de mujer, una voz melodiosa como pocas; — Ben está conmigo.

— ¡Ben! — repitió de nuevo la vizcondesa, que se sorprendía un poco más á cada momento: — ¡ah, sí, ya me acuerdo, ya me acuerdo! Ben, Ned, ó Mad... El conde Enrique nos habló también de él. Es el guía, el guía singular... Debe andar también metido en ello... ¡Señor, lo que yo daría por verle!

Precisamente en aquel momento preguntaba el doctor:

— ¿Tiene usted la escala de seda, Ben?

— Sí, señor, — contestó una voz á la vez varonil y humilde que no había hablado hasta entonces.

— ¿Y la linterna sorda para reconocerle?

— Aquí está.

Tras el macizo de lilas se produjo de pronto una claridad amarillenta en medio á la cual apareció una mujer joven y hermosa en traje de baile.

La vizcondesa de Aubinesco ahogó un grito que iba á escapar á su garganta.

— ¡Amy! — exclamó en el paroxismo del asombro.

— ¿Qué dice usted, señora? — murmuró la baronesa que no apartaba su vista del hotel, cuya masa destacábase frente á ella iluminada por la brillante luz eléctrica.

— ¿Cómo ha de estar Amy detrás de nosotros si yo la estoy viendo desde aquí? Sospecho que tiene usted más miedo que yo, amiga mía...

Y sacando el brazo de bajo el chal con que se abrigaba, señaló la terraza.

Volvióse vivamente la vizcondesa y quedó asombrada.

La hermana de Edmée descendía en efecto en aquel mismo instante la escalinata de mármol.

Como la joven no se había preocupado de cubrir sus desnudos hombros, sobre los cuales caía á plomo la viva luz de las lámparas, la de Aubinesco pudo convencerse de que no era juguete de una ilusión. La que se acercaba era Amy en persona.

Parecía impaciente por llegar á algún sitio sólo de ella conocido.

Dejando la senda enarenada por la que marchaba al principio, entróse deliberadamente por el césped, que hollaba apenas con sus pies diminutos y bien calzados.

La de Aubinesco viendo cómo se acercaba la joven creía hallarse en plena pesadilla.

— ¡No es posible! — murmuraba. — No, no es posible... No hay en el mundo dos collares como ése. Y sin embargo, la otra tiene uno igual... Y el mismo talle, y el mismo vestido, y la misma cara, hermosa y seria... Señor, ¿me habré vuelto loca?

La joven entretanto adelantaba en su marcha y parecía seguir el mismo camino que pocos momentos antes siguiera el doctor.

Pasó, como él lo hiciera, junto al grupo de curiosos sin sospechar su presencia en aquel sitio. Llegaba deslumbrada aún por el fulgor de la electricidad y no le era posible distinguir nada entre aquella sombra espesa.

En el momento en que se disponía á rebasar el macizo de lilas, tras el cual se hubiera encontrado indefectiblemente con el otro grupo, formado por el doctor y sus dos interlocutores, un ruido de pasos se dejó oír tras de la tapia, por el lado de la calle Leroux.

En vez de continuar su camino, Amy, después de un instante de reflexión, escondióse entre las matas de lilas.

Acababa apenas de desaparecer la joven, cuando una voz varonil moduló cerca, muy cerca, una melancólica canción en dialecto corso.

¡Qué emoción la de la baronesa Lampessadas al reconocer aquella lengua.

— ¡Si fuese él! — balbuceó.

Pensaba, como siempre, en el hijo que no acababa de encontrar nunca.

También la de Aubinesco hubo de emocionarse, aunque su emoción era de muy diversa índole.

La excelente y curiosa señora, que aquella noche iba de sorpresa en sorpresa, creía reconocer en la voz del nocturno cantor la del conde de Corpo-Santo, á quien acordara meses antes la mano de su sobrina.

Pero el canto, que por lo visto era una señal convenida, duró poco.

Detrás del bosquecillo de lilas se elevó la voz de la mujer que hablara poco antes.

— No es usted muy puntual que digamos, señor conde; — dijo la voz.

Esta imitaba con tal perfección la de Amy, que la joven, al oírla desde su escondite, creyó que se oía hablar.

— Ya procuraremos ganar el tiempo perdido, — replicó, desde la calle sin duda, el que acababan de interpelar con el título de conde. — Pero no oigo la música... ¿Están acaso en el buffet los de la orquesta? Y usted... supongo que usted está sola. Nuestra entrevista debe ser un secreto para todo el mundo.

— Sola estoy.

— También yo.

— En este momento, porque dentro de un instante...

— Sí, dentro de un instante ya será otra cosa. Venga la escala, ídolo mío.

— Mucho cuidado, señor; — murmuró Ben al oído de Ali. El capitán se acerca, pero he oído otros pasos en la calle. Deben ser los dos hombres que le acompañaban en la India y cuyo escondite he descubierto cerca de las fortificaciones.

El lector ha adivinado sin duda que la segunda Amy, la mujer que acompañaba á Ali-Akmet y á Ben no era otra que Flavia la mulata, quien usaba en aquel momento del único medio que le pareció factible para tender un lazo al *carnicero de mujeres*.

Provista de un traje de baile idéntico al de la hermosa pupila del marqués, habíase caracterizado á maravilla, sin olvidar detalle alguno, llegando, en su deseo de ser fácilmente confundida con Amy, hasta á imitar á la perfección el tono de voz de ésta.

Cuando el conde hubo pronunciado las últimas palabras, adelantóse la mulata hacia la tapia, contra la que se apoyaba una escalera, y comenzó á subir por ella.

Un momento después su cabeza depasaba la cresta del muro entrando de lleno en el campo de luz del farol de la calle.

Las diferentes personas escondidas entre la sombra del parque pudieron entonces contemplarla á su sabor.

— Esta es la auténtica Amy — pensaba la vizcondesa.

— No comprendo cómo he podido engañarme hace un momento por la semejanza de la otra.

Y mientras tanto, la verdadera, la indiscutible Amy, oculta tras el mazizo de lilas apartaba las ramas para mirar ávidamente y se decía:

— Debe ser una mujer de teatro. Sólo las cómicas son capaces de caracterizarse así y de desempeñar con naturalidad un papel, sea el que fuere.

¿Cómo no ha de engañarse el conde al verla, si hasta yo misma, que estoy en el secreto, dudo de si es ella ó si soy yo.

— Me había usted dicho que estaba solo, señor conde; — dijo en aquel momento Flavia cuya mirada podía abarcar en toda su extensión la calle Leroux.

— Y solo estoy, hermosa mía.

— ¿Quiénes son entonces esos dos hombres que se hallan cerca de usted?

— No haga usted caso de ellos; no tienen la menor importancia. Son mis amigos de Hauster y de Erute que tendrán la bondad de esperarme en la Avenida. Conque, vamos, hermosa Amy, facilíteme usted de una vez el medio de llegar al paraíso, esto es el de llegar hasta usted.

Torpe y vulgar se mostraba el noble conde en sus requiebros. Quería piroppear á la joven, y las ideas no acudían á su imaginación ni á sus labios las palabras, sencillamente por ser novicio en el arte de expresar los sentimientos amorosos. ¿No había de serlo, si el amor era sentimiento tan nuevo como extraordinario en aquel hombre para quien la mujer fuera siempre un enemigo hereditario?

— Dése usted prisa, — decía la mulata imitando á la perfección la voz de Amy. — Pero le advierto que nuestra entrevista ha de ser muy corta. No quiero que sea notada mi ausencia en los salones...

Esto diciendo desplegó una escala de seda tomada de manos de Ben y la dejó caer por la parte exterior de la tapia, no sin fijarla á ésta previamente sujetándola por una de sus extremidades á una escarpia.

Vibraron al tenderse las cuerdas finas de la escala y un segundo después aparecía en la cresta del muro la expresiva cabeza del conde de Corpo-Santo.

— Mucho se ha hecho esperar este momento! — dijo rodeando con un brazo el talle de la mulata, mientras procuraba, con galantería de paleta, acercar los labios á su cara.

— ¡ No, eso sí que no! — decía Flavia defendiéndose.

— Cuidado, señor conde, que me va usted hacer caer.

— ¿ En mis brazos? Pues el peligro no es grande; porque para recibir á usted en ellos, no han de faltarme fuerzas...

Amy contemplaba esta escena desde su escondite, y pensando en que todas aquellas amabilidades de cuartel se dirigían á ella, ahogábala la indignación hasta tal extremo que hubo de hacer esfuerzos inauditos para no revelar su presencia en aquel sitio.

— Aquí no podemos hablar sin exponernos á que nos vean, — dijo Flavia. — Bajemos.

El conde vaciló un momento, durante el cual procuró, aunque inútilmente, sondear la obscuridad del parque.

— ¿ Bajar? ¿ Y dónde, hermosa mía, á esa boca de lobo? ¡ Hum!...

— ¿ Y cree usted que yo voy á hablar con un hombre, sea el que sea, en medio de la calle? ¡ Ah, no, eso de ninguna manera! — dijo Flavia haciendo ademán de retirarse.

— Un momento, querida Amy. Es usted tan hermosa como elocuente, pero ¡ qué diablo! ¿ no es natural que nos expliquemos? Una cosa hay que me ha llamado la atención, y que aun no me explico bien... Si tuviera usted la bondad de tranquilizarme...

— ¿ Qué es ello? Pronto, porque yo no sigo aquí más tiempo.

— Es que me parece tan extraño que me haya dado usted una cita...

— Por lo visto se conoce usted mejor de lo que yo le conozco; — dijo Flavia retirándose y comenzando á descender hacia el parque. — Ya veo, aunque tarde, que me equivoqué al citarle. Vaya, que se alivie el miedo, señor conde...

— ¿ Miedo? Ahora verá usted; — dijo el conde. Y apoyando ambas manos en la cresta del muro, saltó al parque sin servirse de la escalera.

Entonces se produjo una cosa extraordinaria, imprevista, rapidísima.

En el momento en que sus pies tocaban en el suelo enarenado, cuando iba á enderezarse, dos brazos vigorosos sujetaron por detrás los suyos.

— ¡ Traicionado! — rugió con ira procurando en vano desembarazarse de la cadena viviente que oprimía sus miembros. — ¡ Traicionado, y por una mujer! ¡ Por la única que perdonó mi estúpida debilidad!

— ¿ Se traiciona acaso al tigre, cuando se le echa á rodar con un balazo en el cráneo? — exclamó Flavia recobrando su voz natural. — Tus víctimas piden venganza, monstruo. Yó no soy la que tú crees, no soy la virgen del collar sangriento. Es pues inútil que continúes insultando á la joven de quien hablas, que es la encarnación de la pureza.

— ¿ Pues quién eres? — preguntó el conde cuya sorpresa parecía aún mayor que su espanto.

La mulata arrancó la linterna sorda de las manos de su padre y dirigiendo la luz hacia su propio rostro.

— ¿ Que quién soy? — dijo — Mirame bien, y acuérdate; soy Flavia la mulata, la amiga de Julieta la Camarona, cuya sangre chupaste el invierno pasado, vampiro inmundo:

Amy, siempre en su escondite, lloraba en silencio, admirando la actitud de Flavia. Esta admiración era causa de que perdonase á Alí el haberla metido en aquel lío, aunque no en persona, sino representada por otra mujer.

De todos modos, Akmet llegaba al fin que se propusiera, y ese fin justificaba los medios, tanto más cuanto que el asesinato de su madre continuaba invengado desde muchos años antes.

Testigos mudos de la rápida escena que acababa de desarrollarse fueron también la vizcondesa de Aubinesco y sus compañeros. Pero ellos, particularmente las dos mujeres, no comprendieron gran cosa. ¿ Qué significaban las últimas palabras pronunciadas por Flavia? ¿ Qué

misterios insondables ocultaba la existencia mundana de un hombre como aquel, rico y considerado, á quien se acusaba de horrendos y monstruosos delitos?

La baronesa gordinflona decía en voz baja:

— Es inaudito, ¿sabe usted? Comprenda bien, es horroroso é inverosímil; sabe usted?

Pero aun les estaban reservadas mayores sorpresas.

Cuando Flavia tomó bruscamente de manos de su padre la linterna sorda, no pudo evitar que el haz luminoso hiriese por un momento el rostro del indio. Fué como un relámpago; pero no obstante su rapidez, fué lo bastante para que el conde reconociese á su antiguo guía Ben, inyectándose en el acto sus ojos en sangre.

Dominóse sin embargo, y dueño de sí mismo, con pasmosa sangre fría, y afectando cierto tono burlón, dijo á Flavia, cuando ésta hubo acabado de hablar:

— Bueno: ya sé quién es usted, hermosa mulata, y me alegro de que nos conozcamos; ahora tenga usted la bondad de presentarme al taciturno domador que está detrás de mí. Somos ó no somos bien educados...

— La persona que le sujeta á usted por detrás — replicó Flavia — es el señor Ali-Akmet. Tengo entendido que se conocen ustedes hace tiempo...

Un rugido de fiera se escapó del pecho de Enrique de Corpo-Santo.

Sin hacer el menor caso, como si nada hubiera oído, la mulata continuó diciendo:

— Hechas ya las presentaciones, acabemos de una vez. *Carnicero de mujeres*, ha llegado el momento de que pagues todas tus deudas.

Nuevo rugido retendió en el pecho del falso conde; pero esta vez su rugido era un grito de triunfo. Con increíble y sobrehumano esfuerzo había logrado desasirse de los hercúleos brazos de Ali, cuando éste menos lo esperaba, dejando entre las férreas manos del sorprendido doctor, un jirón de la capa que le cubría.

Colosal, inmenso como un genio del averno, Enrique se irguió, magnífico en su espantable audacia, frente á frente de sus enemigos, durante el brevísimo espacio de medio segundo.

En su mano derecha brillaba el puñal de hoja transparente.

— ¡Pagar mis deudas! — clamó con voz horrisona, acompañando sus palabras de satánica carcajada. — ¡Todavía no! El heredero de Fra-Diavolo no da cuentas á nadie de su conducta.

Dicho esto dió un salto de costado para evitar al doctor que iba á arrojarse sobre él, y levantando al mismo tiempo el armado brazo, lo dejó caer con furia sobre su víctima, exclamando:

— Para tí, Ali-Akmet, el último regalo de Enrique.

Dos veces más se levantó y volvió á caer sobre nuevas víctimas el brazo formidable.

— Para tí, hermosa mulata, — dijo en una de ellas, — vaya un recuerdo del *carnicero de mujeres*.

Y en la otra:

— Para tí, Ben, infame guía, el sello del capitán de los estiletes.

Dados los tres golpes volvióse rápidamente y se lanzó al muro en demanda de la escalera para trepar por ella y desaparecer en la calle.

La escalera había desaparecido.

En el sitio que ésta ocupara pocos momentos antes, Enrique vió con sorpresa mezclada de espanto á Flavia y al doctor Ali-Akmet que le cerraban el paso decididos á impedir á todo trance cualquier intento de fuga.

¿Qué había pasado? ¿Por qué el indio se revolcaba en el suelo exhalando lastimicos gemidos y en cambio aquellos dos estaban allí, indemnes al parecer, desafiándole con la actitud y aun con la mirada? Puesto que habían podido levantarse, su arma, el temible estilete de cristal no tenía ya virtud alguna. ¿Qué hacer en tales circunstancias? ¿renovar la experiencia? Hubiera sido temerario, y sin duda inútil. Lo mejor era buscar la salvación en la fuga. Tal vez á favor de la obscuridad podría burlar á sus enemigos, conseguir que le perdieran de vista...

Animado por esta loca esperanza, lanzóse Enrique á través los bosquecillos, saltando por sobre las platabandas, pisoteando las flores, hollando el césped, pasando como una tromba, como jabali perseguido por

clamorosa jauría, muy cerca de donde se hallaban la vizcondesa de Aubinesco y la enorme señora Lampessadas, quienes llenas de espanto diéronse á gritar en demanda de auxilio.

Alí y Flavia habían evitado la muerte dejándose caer al suelo antes de que el temible puñal llegase siquiera á rozarles. El primero, al ver que su enemigo se escapaba, apoderóse de la linterna sorda y proyectó su luz en la dirección seguida por el fugitivo, gritando al mismo tiempo.

— ¡A mí, á mí! — repetía, seguro de que alguien se encontraría en el parque para acudir en su auxilio.

No se equivocaba en sus presentimientos.

Un instante después las dos amigas, Amy é Yvona y el joven Jaffary estaban á su lado.

Y si no acudió también Kenec el manco, fué porque hubo de quedarse al lado de las dos señoras que lloraban á lágrima viva suplicando, con gritos que partían el alma, que no las dejaran solas en tal sitio y en tal momento.

Sin embargo, el doctor había gritado sin saber aún, al hacerlo, qué era lo que iba á disponer para evitar la huida del falso conde.

— ¿Qué hacer? — decía á los que acudieran á su llamamiento.

— ¿Cómo? preguntó la mulata. — ¿Usted pregunta qué es lo que hay que hacer?

Y sus labios se contrajeron con sonrisa casi despreciativa, mientras que en su cerebro germinaba una idea verdaderamente infernal.

— ¿No tienen ustedes por aquí una perrera? — dijo enseguida.

— Sí.

— Por supuesto, con perros dentro.

— Tenemos tres.

— Pues la ocasión es excelente para darles á oler ese pedazo de tela que conserva usted aún entre las manos, afortunadamente.

Alí-Akmet se golpeó la frente. Había comprendido.

— ¡Pronto, á la perrera! — dijo al joven estudiante entregándole el jirón de la capa del conde.

— Dé usted á oler eso á los perros y suéltelos enseguida; — añadió Flavia.

Y mientras el bueno de Jaffary corría hacia la perrera con toda la prisa que le permitían sus ágiles piernas, que no era poca, la vengativa mulata decía para sus adentros:

— La tapia es alta... Dentro de tres minutos, ó se ha rendido ó estará devorado.

La pobre Yvona temblaba como la hoja en el árbol pensando en lo que podría suceder; en cambio su amiga Amy hallábase tranquila y hasta sonriente, diciéndose, como buena corsa, que la mejor venganza es la que lleva aparejada la muerte más cruel.

Apenas diera Flavia las instrucciones de que queda hecho mérito, corrió á arrodillarse junto á Ben que agonizaba en el mismo sitio en que cayera herido por el puñal del conde.

— Padre, — le dijo mientras que las lágrimas corrían abundantes por sus mejillas, — ya puedo decir á usted con toda sinceridad que le quiero y le respeto, y que con el alma entera le perdono el daño que me hizo al abandonarme sin piedad en el inmenso Londres. Allí volveremos en cuanto mi amiga esté vengada, y juntos nos ocuparemos en reformar el Paupers-Club. Ya verá usted cómo aún habrá para nosotros días felices, cómo podemos vivir dichosos con nuestros hermanos.

— Mucho me consuelan tus palabras, hija mía; ellas son un bálsamo para mis sufrimientos. ¿Pero á qué hacernos ilusiones? Volverás tú sola á Londres, tú sola... — dijo con pena el indio, que había entrado ya en el período agónico.

— ¿Por qué sola?

— Porque voy á morir; porque mis instantes están contados.

— No, padre, no; usted no morirá. Aquí estoy yo para cuidarle.

Ben se retorció, convulsionado; con brusco movimiento desgarró la tela de la manga por el sitio en que el puñal hiriera su brazo y dijo á su hija con voz entrecortada y respirando con visible esfuerzo.

— ¡Pobre criatura! Ni tu abnegación ni tu piedad filial

pueden ya servirme de nada. Sabe que es de todo punto imposible curar la herida que hace un Cristal-Dagger porque ese arma al herir vierte la ponzoña.

Flavia oyó tan sólo esta última palabra.

— ¡Envenenado! — exclamó con desesperación. — No importa; le salvaré á usted, sí, le salvaré aunque usted no lo crea, por imposible que le parezca...

Avidamente, con verdadero frenesí, buscó la herida causada por el puñal, y aplicando sus labios en aquel brazo, ya casi tumefacto, dióse á chupar á un tiempo mismo la sangre y el veneno.

No era malo el remedio; pero por desgracia llegaba demasiado tarde.

— ¡Déjame! — exclamó el herido. — ¡A qué empeñarte en evitar lo inevitable? Muero contento puesto que me has perdonado... Gracias, hija mía... adiós.

Una postrera convulsión agitó débilmente el cuerpo del indio, que quedó enseguida inmóvil.

El veneno había hecho su obra.

Algo tarde es ya para presentar al lector nuevos personajes. Trátase sin embargo de personajes tan reservados, tan poco habladores, que en gracia de esta buena cualidad les será sin duda perdonado que se presenten en escena precisamente cuando va á dar comienzo el último acto del drama. Además, y esto es lo que nos obliga á dar á conocer al lector los nombres de los nuevos actores, el papel que les está confiado es corto, aunque de importancia capital, y su desinterés es tal que sólo han de pedir, como única recompensa de su trabajo, algunas caricias.

Sultán era un magnífico podenco, producto de un cruzamiento con perro de montaña, cuyas lanas, abundantes, negras y sedosas, semejaban más bien espléndida cabellera. Sus botines blancos dábanle cierto aspecto de perro limpio y aseado, y el irreprochable penacho de su cola, á juzgar por lo orgullosamente que lo ostentaba, debía tener cierto parentesco con el que ornara un día el brillante casco de Enrique IV.

Con el soberbio podenco convivían, llevándose como hermanos, como buenos hermanos, se entiende, *Luna* y *Barca*, dos perros de pura raza, ambos lebreles rusos,

de pelo gris, cuerpo largo y delgado, hocico puntiagudo y patas finísimas.

Los dos lebreles pertenecían al marqués, y ya habían puesto de manifiesto cuanto era dado esperar de ellos, concurrendo, en compañía de su amo, á la caza del oso. En cambio *Sultán* no había tenido aún ocasión alguna de probar su bravura, ni de poner á prueba su inteligencia. Su dueño legítimo era Edmée, quien lo recogió un día en que pasando con su canoa por Champigny, vió que un hombre se disponía á ahogarle en el río.

Los tres animales, de gran corpulencia, debían ser formidables antagonistas.

Precisamente por comprenderlo así después que hubo hablado la mulata en tal sentido, fué por lo que *Alí-Akmet* se apresuró á suplicar á *Jaffary* que soltase á los perros después de hacerles olfatear el jirón de paño arrancado á la capa del conde.

Conocía bien á los lebreles y la sagacidad de dichos animales le inspiraba la más completa confianza; en cambio dudaba, tal vez por no serle conocidas, de las cualidades del podenco propiedad de Edmée de Kerbiroet.

Habría transcurrido escasamente un minuto desde la desaparición de *Jaffary* hacia la perrera, cuando tres sonoros ladridos llegaron á interrumpir el silencio de la noche.

Era que *Luna*, *Barca* y *Sultán* celebraban á su modo una libertad que estaban muy lejos de esperar en aquellos momentos.

Sin embargo, una vez salidos de la perrera, y luego de sacudirse concienzudamente, comprendieron las tres nobles bestias lo que de ellas se esperaba, y se lanzaron dando brincos á través de platabandas y avenidas, pasando como un torbellino cerca de *Alí*, sin detenerse ni un momento.

Tan ciegos iban los perros que tampoco se detuvieron ante el cuerpo del indio, limitándose á lanzar un lúgubre aullido en el momento de saltar por encima del cadáver.

Alí suspiraba profundamente.

— ¡Es singular! — decía. — Ese loco de *Sultán* parece como si guiara á los otros dos. Capaz es de hacerles seguir una pista falsa.

Haciendo con la mano pabellón para oír mejor, escuchó atentamente.

Nada; el silencio era absoluto. No tanto sin embargo que no se oyese, lejos, bastante lejos, el ruido de alguna que otra rama rota por los perros en su carrera desenfrenada; pero fuera de esto, no llegaba hasta Allí ninguno de los rumores que con verdadera ansiedad esperaba.

Y he aquí que de pronto logra percibir, distintamente, sordos gruñidos, procedentes al parecer del fondo del parque, del recodo que forma la tapia y que corresponde á la intersección de las dos calles. Los gruñidos duran poco; los perros aullan enseguida, pero lúgubramente, con aullidos de dolor. ¿Qué sucede?

— ¡Adelante! — grita el doctor lanzándose en la dirección que él cree la buena.

Síguenle Kenec y Amy, quedando allí las dos asustadas señoras y la excelente Yvona quien procuraba consolar á la mulata arrodillada junto al cuerpo de su padre.

Aun no habrían andado veinte pasos, cuando llegó hasta ellos el eco de un grito que nada tenía de humano, grito arrancado á un ser viviente por el espanto y por la rabia, y de tal manera agudo que dominó la voz de los animales furiosos.

— ¡A mí! ¡A mí! ¡Socorro!

Y por la segunda vez el silencio más completo sucedió al angustioso grito de desesperación.

— ¡Animo Barca! ¡Firme Luna, no sueltes! — gritaba Allí-Akmet corriendo hacia el sitio de la lucha.

Sus recomendaciones, aunque muy comprensibles, eran inútiles; los perros no podían oírlas.

Como ya hemos dicho, cuando el conde notó la ausencia de la escalera del sitio en que poco antes se hallaba, creyó que á favor de la obscuridad le sería posible huir por otro lado.

Lo más urgente, lo indispensable para él era ganar tiempo y despistar á sus enemigos: de este modo podría escalar la tapia sin que le inquietase nadie, y detrás de aquella tapia salvadora esperaba él encontrar á sus dos compañeros que, de acuerdo con él, debían rondar por aquellos alrededores.

Dirigió pues su carrera hacia la parte más retirada del cercado, esto es hasta el extremo límite del parque, que era el recodo de que antes hablamos, recodo que marcaba el ángulo de intersección de dos calles.

Allí se detuvo jadeando. Volvióse para escuchar, ávido de comprender, por la intensidad del ruido que oyera, la ventaja que llevaba sobre sus perseguidores, porque él estaba seguro de que le perseguirían, pero no oyó nada.

Su sorpresa era enorme, tan enorme que no se atrevía á dar crédito á sus sentidos. Pero ¿cómo dudar de ellos, si ni siquiera se oía el ruido de las hojas mecidas por el aire de aquella hermosa noche de agosto? Nada. Sólo en la calle vecina, del otro lado de la tapia, percibiase un canturreo monótono é incoherente: sin duda el musical desahogo de un borracho.

— ¡Es extraño! — murmuraba Enrique menos tranquilo de lo que hubiera podido creerse. — ¿Qué puede haber ocurrido? Porque mi simpático compañero de colegio no es hombre para abandonarme así, sin algún motivo muy poderoso; y me parece que esa víbora de mulata debe tenerme tanto cariño como el excelente Allí-Akmet... ¿Les habrá tocado mi puñal de hoja envenenada? No, sin duda. De haberles tocado no habrían podido levantarse... ¡Hum! Este silencio, esta tranquilidad, ocultan, como si lo viera un peligro: ¿pero cuál? En fin, sea el que fuere me importa poco. No creo que mis enemigos sean tan inocentes que supongan que un hombre como yo, que ha ganado premios de gimnástica y de agilidad va á encontrarse achicado frente á una tapia que le es preciso saltar... Porque las puertas deben estar bien guardadas, digo, me parece... Además, esta noche se me ha antojado á mí no pasar por donde pasa todo el mundo...

Tan seguro estaba Enrique de que lograría salir indemne del gravísimo peligro que acababa de correr, que olvidando que aun se hallaba en el parque del hotel, alegrábase en su fuero interno pensando en la decepción que experimentaría el implacable Allí-Akmet cuando se cerciorase de que se había desvanecido, como una sombra.

— Ahora, — dijo — á ver cómo salgo de aquí... ya me he detenido más de lo conveniente.

Buscando un punto de apoyo para los pies, tropezó Enrique con un banco de piedra empotrado en la tapia, mejor dicho, en el ángulo de ésta, y se apresuró á subir á él.

— No es mal salto el que he de dar para llegar hasta la cresta del muro; — murmuró. — Pero ¡bah! otros he dado como ese y quizás mayores... Además, este banco va á servirme de trampolín.

Diciendo y haciendo saltó al suelo y se alejó un tanto de aquel sitio para tomar carrera, y precipitándose enguida de nuevo hacia el banco con la rapidez del rayo, apoyóse sobre las corvas que se extendieron luego con la fuerza de dos resortes de acero.

Era un verdadero salto de tigre.

Levantado como á impulso de dos alas gigantescas, el conde estuvo en el aire un brevísimo espacio de tiempo, con los brazos extendidos hacia adelante.

Acababa de realizar una verdadera proeza, un milagro de agilidad, que debía sin embargo serle fatal. En efecto, bien porque hubiese calculado mal la altura de la tapia, bien porque se encontrase menos hábil que en los tiempos ya lejanos en que se introdujera sin dificultad alguna en la quinta de Sabielo, es lo cierto que en el instante en que sus manos buscaban ansiosas un apoyo en la crestería, sólo encontraron el muro vertical, implacablemente unido.

Un rugido de desesperación se escapó del pecho de Enrique, quien cayó pesadamente sobre el banco, en uno de cuyos ángulos estuvo á punto de abrirse la cabeza.

Con sobrehumano esfuerzo de voluntad logró detener el grito de dolor que iba ya á escaparse de sus labios, y se puso en pie, aun cuando no para repetir de nuevo la fracasada tentativa.

Enrique era fatalista y la primera derrota habíale desmoralizado.

Comprendía que su estrella comenzaba á eclipsarse.

— ¡Las mujeres! — dijo. — A ellas debo todas mis desgracias... ¡Qué mucho que las odie con toda mi alma!... ¡Pero cómo salir de aquí ahora? ¡Ah, si tuviese conmigo mi navaja!... Pero este insignificante puñal

vidrio, ¿de qué puede servirme? Se rompería como una paja si quisiera utilizarlo para ayudarme á escalar la tapia..

En aquel momento llegó á oídos de Enrique un ruido extraño, lejano aún, cuya naturaleza no le era posible definir.

— ¿Qué es eso? ¿Vendrá alguien? — murmuró escuchando con ansiedad.

El ruido que oyera Enrique, eran los ladridos de los perros al ser puestos en libertad, el eco de los cuales llegó hasta él, aunque muy atenuado por la distancia.

Su incertidumbre fué de corta duración.

Un momento después oía distintamente, y sin que pudiera caberle duda alguna, todo un concierto de sonoros ladridos.

Frío sudor brotó entonces de las sienes de Henrique de Corpo-Santo, quien comprendiendo en fin lo que pasaba, se pegó al ángulo del muro, armado de su cristal-daggers que acababa de desenvainar.

— ¡Habrás cobardes! — dijo con desesperación, mientras mortal calofrío, que no le fué posible evitar, sacudía todo su cuerpo tan pegado al ángulo de las tapias que hubiérase dicho que iba á penetrar en ellas. — ¡Darme caza como á una fiera, soltarme una jauría! ¿Qué son, ni qué significan, mis crímenes todos, comparados con el que comete era gentuza? Como si lo viera, esa idea ha salido de la cabeza de una mujer... Sólo las mujeres son capaces de...

No pudo acabar la frase.

Dos hocicos ardientes soplaban en su cara, abrasándole las mejillas.

Luna, Barca y Sultán habían recorrido el espacio que separaba el hotel del fondo del parque del mismo modo que lo hubieran hecho para perseguir á un ciervo. Sin embargo, llegados á donde estaba Enrique, saltaron sobre él solos los dos lebreles. *Sultán*, manso por naturaleza, no alcanzaba sin duda á comprender el furor de sus dos compañeros contra aquel desconocido, y abandonaba al parecer la buena causa.

— ¡Ah, malditos! — rugía el falso conde. — Ahora veréis dónde os habéis metido.

Ebrio de cólera, alocado por el dolor de varias mordeduras, Enrique picó con su puñal primero á *Barca*, luego á *Luna*, y los dos hermosos lebreles rodaron por el suelo aullando dolorosamente, con prolongados y lúgubres aullidos.

Al oír el primero de ellos, *Sultán*, sorprendido, levantó la cabeza; pero al segundo, como si el olor de la sangre derramada le hubiese excitado á la carnicería, lanzóse á su vez contra el enemigo y sus colmillos formidables se clavaron con fuerza en el puño derecho de Enrique, en el momento en que éste levantaba el brazo armado disponiéndose á herir una vez más.

Hubo de ser tan irresistible el dolor, que la mano del conde se abrió, dejando escapar el estilete envenenado, ¡su única defensa!

¿Cómo luchar ya contra la fiera que le mordía cruelmente y amenazaba con atravesarle el brazo por medio de aquellos colmillos irresistibles que se clavaban cada vez con más fuerza, paralizando todos sus movimientos?

No todos. Con increíble energía, con voluntad sobrehumana rehízose Enrique en un instante. Oprimió con la mano izquierda el hocico de *Sultán*, quien faltó de respiración hubo de abandonar su presa, y quiso aprovechar aquel momento para agacharse y recoger el puñal envenenado.

Pero no contaba con la agilidad del perro. Este había abandonado el puño á la fuerza; pero en el instante en que el conde disponíase á alcanzar el estilete, se arrojó de nuevo sobre él, hundiéndole el hocico en la garganta.

Fué entonces cuando creyéndose irremisiblemente perdido, y sintiendo que la respiración iba á faltarle, lanzó el miserable aquel grito de angustia que hubo de ser oído por Ali.

Tiempo era de que éste llegase. Un minuto de retraso y no hubiera encontrado más que un cadáver.

Porque los colmillos del perro justiciero oprimían de tal modo el cuello del temible enemigo de las mujeres, que el aire llegaba con extrema dificultad á sus pulmones: y faltó en absoluto de fuerzas, sus manos crispadas rodeaban inútilmente el collar del animal, sin conseguir estrangularle, como se lo propusiera.

Ali-Akmet temió que se le escapara la venganza, precisamente cuando el falso conde no se hallaba ya en estado de deslizarse, como lo hiciera antes, de entre sus manos.

— ¡Aquí, *Sultán!* — gritó furioso.

Pero *Sultán* no gustaba de recibir órdenes de todo el mundo y además conocía poco al doctor, por todo lo cual contentóse con gruñir al escuchar la orden perentoria, pero sin obedecerla.

Habíale costado trabajo decidirse á intervenir contra el hombre que le era desconocido: pero una vez lanzado á la lucha, y al parecer victorioso, hallábase sin duda resuelto á conservar su presa.

La luz de la linterna sorda, proyectada de pronto contra el ángulo formado por las dos tapias, iluminó un grupo horroroso cuya contemplación ponía espanto en el ánimo más sereno.

Levantado sobre sus patas traseras, *Sultán* tenía las manos apoyadas en el pecho del conde, manteniéndolo inmóvil contra el muro. Brillaban las pupilas del irritado animal como carbunclos, y de la comisura del hocico se escapaba una baba sanguinolenta.

No menos horroroso era el aspecto de Enrique. Sus cabellos hallábanse en completo desorden, los ojos parecían prontos á saltar de las órbitas, dilatadas por el terror: lividez cadavérica cubría sus mejillas y los labios, y entre estos últimos asomaba la lengua, babeando un líquido sanguinoso, como el que rezumaba el hocico de *Sultán*. Tenía en fin su cara la espantosa expresión del hombre que va á morir estrangulado.

— ¡Aquí, *Sultán!* aquí! — repitió Amy, llegando á su vez al sitio donde se desarrollaba el breve y espeluznante drama.

Y esta vez los terribles colmillos se aflojaron.

Faltó de respiración, cayó el conde al suelo, junto á los cuerpos de los dos lebreles rusos, mientras que, mendigando tal vez una caricia, *Sultán* se acercaba humilde y cariñoso á la hermana de la que le había salvado la vida librándole de perecer ahogado.